

EL CAMINO DEL FILOSOFAR*

Alberto Rosales**

Hoy en día, después de veinticinco siglos, la filosofía parece existir sólo como una multiplicidad de intentos divergentes y contrapuestos. Ante esa apariencia los espíritus sencillos y lerdos creen imposible encontrar una respuesta a la pregunta ¿qué es filosofía? Sin embargo, desde los antiguos griegos hasta nuestros días, y precisamente en esa pluralidad de las filosofías, se realiza un sentido unitario de la palabra “filosofía”, al cual se suele otorgar poca importancia, porque generalmente se desconocen sus implicaciones. Ya los griegos avistaron con suficiente rigor que la filosofía es un intento racional de saber dirigido a la totalidad de lo que es (cfr. Aristóteles *Met.* A, 1). Ciertamente, no faltan espíritus toscos que ponen en duda siquiera la posibilidad de una referencia a la totalidad, a pesar de que el hombre, en su experiencia más cotidiana, no puede percibir y comprender las cosas que tiene ante sí sin referirse a un horizonte de cosas, que es experimentado a su vez como parte de una totalidad más amplia. Como quiera que el filosofar asuma y configure esa experiencia, él se refiere explícitamente a la totalidad al menos a través de palabras o pensamientos, que tienen por esencia concernir a todo. En efecto, no es difícil de ver que “ente” es al menos una palabra *omniconcerniente*, y la llamaremos así y no “universal” porque lo que se suele tener por tal, el universal distributivo, es sólo un cierto tipo de omniconcerniente. También entes individuales como cada hombre, el mundo o Dios, son omniconcernientes. Por ello decimos, re-interpretando aquella visión tradicional de la filosofía, que sus temas fundamentales son *los omniconcernientes y el todo*, y por cierto cada uno de ellos en referencia al otro. Ella piensa los omniconcernientes a partir del todo y para éste, así como piensa también al todo, abordando sus diversas provincias a la luz de los omniconcernientes.

Lo dicho es sólo una mera indicación, incompleta en múltiples sentidos, acerca de la esencia de la filosofía. Esa indicación considera la filosofía sólo en su punto de partida y en su programa, y no dice nada sobre la posibilidad de cumplirlo, ni sobre el modo en que ese programa tácticamente se realiza. Aquí intentamos formular una indicación sobre ese camino del filosofar y por cierto sólo en un sentido muy restringido.

* Ponencia publicada en *Actas del Segundo Congreso Nacional de Filosofía* (1988), pp.197/203. Caracas 1991.

** Profesor Emérito de la Universidad Simón Bolívar. Caracas – Venezuela. Licenciado en Filosofía (Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1957), Doctor en Filosofía (Universität zu Köln, Alemania 1967). Autor de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales y de varios libros, entre los que se cuentan: *Siete ensayos sobre Kant* (ULA 1993), *Unidad en la dispersión* (ULA 2006), *Transzendenz und Differenz* (*Transcendencia y Diferencia* (Phaenomenologica vol.33, Martinus Nijhoff, Den Haag. Holanda 1970) y *Sein und Subjektivität bei Kant* publicado en el año 2000 por Walter de Gruyter Verlag, Berlin – New York. Esta última, traducida al castellano (*Ser y Subjetividad en Kant*), fue publicada en Argentina por la Editorial Biblos, en el año 2010.

Haciendo uso de una manera de hablar de la filosofía contemporánea, podríamos decir que ese camino se inicia en cada caso expresamente como un *proyecto*, es decir, como una anticipación, explícita o implícita, de la totalidad o de partes de ella, en vista de determinados omniconcernientes, por ejemplo, de lo que la tradición llama “esencia”. Esos proyectos suelen ser, como anotábamos, múltiples y divergentes. Su divergencia suele llegar hasta tal punto, que incluso aquellos pensadores que concuerdan, por ejemplo, en pensar a las cosas en vistas de su esencia, entienden en cada caso por tal una *figura* diversa de la misma. De hecho la filosofía comienza con proyectos de las cosas en vista de figuras de los omniconcernientes. Sin embargo, antes de ese comienzo hay otro comienzo. En efecto, antes de establecer sus proyectos los pensadores llegan por alguna vía a sus figuras. Las consideraciones siguientes son un intento de formular una “hipótesis” sobre ese camino inicial del filosofar.

1. Pensar es una forma de actuar que se encuentra siempre en una situación. El pensamiento prefilosófico se mantiene referido sobre todo a entes individuales, en zonas especialmente accesibles a ellos, mientras que la totalidad y los omniconcernientes permanecen para él en un claro-oscuro. Un omniconcerniente como “lo-que” (una cosa) es, o el “qué” de una cosa, es algo en cierta medida conocido y familiar, pero se carece de una figura conceptual explícita del mismo. En comparación con las figuras filosóficas, lo que la experiencia prefilosófica divisa de él parece ser sólo un bosquejo. Entendemos por *bosquejo* en este contexto al omniconcerniente mismo, y por cierto en cuanto está patente de tal manera, que es en parte conocido y en parte indeterminado y desconocido para el pensar. En correspondencia con esto llamamos *figura* a toda determinación ulterior de un bosquejo, por ejemplo, al concepto de Idea en Platón. Cuando una figura es aún inacabada y requiere de ulterior determinación puede ser llamada una figura-bosquejo. Figura y bosquejo son, según esto, nociones funcionales correlativas.

El bosquejo, esa patencia en claro-oscuro del omniconcerniente, no flota en el aire, sino ella “forma parte” del mundo en que nos movemos en cada caso. Así por ejemplo, ya en la vida prefilosófica tomamos en cuenta el *lo-que* de cada cosa, preguntamos y nos damos respuesta acerca de *qué* sea esto o aquello. Como los omniconcernientes aparecen, así pues, *a una con* los entes de un mundo, insertándolos tácitamente en la totalidad, esos entes se muestran, en un sentido, como rodeados por un halo de indeterminación, a pesar de que cada uno de ellos, considerado aisladamente, pueda presentarse como algo determinado. La manera como los omniconcernientes aparecen en o con los entes del mundo de cada caso no es algo irrelevante, sino ella constituye también sus bosquejos.

En el curso de la historia de occidente esa experiencia ingenua se ha ido impregnando de figuras filosóficas, las más de las veces en ruinas. Mal entendidas, simplificadas y

mutiladas, ellas constituyen, sin embargo, un punto de partida para todo futuro esfuerzo del filosofar.

2. A partir de esa comprensión prefilosófica de los omniconcernientes en bosquejos puede surgir una voluntad de conocerlos. Como ésta apunta a algo en gran medida desconocido, ella es una voluntad de buscar un conocimiento, esto es, de indagar, la cual comienza por hacer explícitos a los bosquejos en *problemas* y se expresa en preguntas. Como los omniconcernientes aparecen ya en o con los entes intramundanos, el indagar no puede buscarlos sino entre estos o a partir de ellos. Así por ejemplo, Sócrates y Platón avistan lo-que los entes son a partir del enunciar y preguntar, es decir, a partir de la patencia de las cosas en el *lógos*.

La búsqueda filosófica inicial se mueve en campos de fenómenos que no es necesario buscar, porque están dados previamente. Esos “fenómenos” no son tan sólo las cosas visibles y tangibles. Si nos atenemos al fenómeno que es la filosofía misma en su decurso histórico, hemos de admitir que el filosofar toma como “fenómeno” a todo lo pre-dado, inmediata o mediatamente, al hombre en su momento histórico, sea ese fenómeno cosas o acontecimientos naturales, fenómenos “internos” o “externos” del hombre, sus haberes y productos culturales en general. Incluso una revelación religiosa, y el dios presente en ella, han sido con frecuencia fenómenos para el filosofar.

Lo que hace que el encuentro con esos fenómenos sea una experiencia filosófica, es que el pensar busca en ellos a los omniconcernientes y está, así pues, guiado por sus bosquejos. De acuerdo con ello esa búsqueda tiene que explicitar y explicar lo pre-dado, en especial los fenómenos relevantes en cada caso. Por esta vía es posible aprehender, en primer lugar, lo que estaba ya determinado en el bosquejo. Así por ejemplo, Sócrates y Platón hacen explícito el *lo-que* a partir de preguntas acerca de qué sea la piedad o la temperancia y de las respuestas correspondientes (cfr. *Euthyphron* 5 d y *Charmides* 159 a). Ello requiere darse cuenta, en primer lugar, de la diferencia entre la piedad, como algo uno e idéntico, y las múltiples acciones piadosas (por ejemplo *Euthyphron* 6 d-e) y luego darse cuenta de que esa misma diferencia se presenta también entre la temperancia y las acciones medidas, es decir, que es una diferencia general entre cada lo-que y sus casos individuales. Con esto viene a descubrirse por vez primera explícitamente el *lo-que*, como algo sabible por medio del trabajo argumentativo y refutatorio del *lógos*, esto es, como *Idea*.

Pero además de aprehender lo que la experiencia prefilosófica ya entreveía como determinado en el bosquejo, al adentrarse en lo pre-dado la indagación encuentra siempre *algo más* que aquel. Así por ejemplo, sobre la base del descubrimiento de la idea, puede Platón divisar en el *lógos* otros rasgos de ésta que atañen a sus referencias a los entes individuales, a las palabras, a otras ideas y al pensar (cfr. *Euthyphron* y *Laches*). Esas

referencias son constitutivas del bosquejo del *lo-que* en general. De tal suerte, nuevas determinaciones vienen a añadirse al bosquejo y lo completan en una u otra figura. En tanto ese proceso puede ser caracterizado formalmente como una síntesis de múltiples determinaciones en vista de un *fin*, hemos de llamarlo la *construcción* de la figura omniconcerniente.

3. La construcción así caracterizada no consiste en un mero enfrentarse con “las cosas mismas”, como si éstas fueran siempre ya accesibles y sin velos para el pensar. Por el contrario, ellas se muestran a la luz de una u otra tradición, sea ella filosófica o no. Esa tradición, si no se ha convertido aún en un mero saber histórico de palabras venerables, hace posible al filosofar, lo alienta y a la vez lo restringe, le abre unos caminos y le cierra otros. Pero lo decisivo para nosotros aquí es que la construcción de figuras filosóficas depende no sólo del orbe de fenómenos que se ofrece directamente en una época, sino también de los fenómenos y figuras del pasado, que pertenecen, como trasfondo, a esa época misma. Elementos de figuras tradicionales o fenómenos del pasado pueden aportar determinaciones que entran entonces en la síntesis de una nueva figura, donde son conservadas en tanto son modificadas. Así por ejemplo, y sobre la base de los pasos ya sugeridos, puede Platón, a partir de la tradición eleática, determinar a las ideas como entes unitarios, idénticos en todo sentido, y por tanto eternos - cual figuras que existen por sí mismas y son así metas de un saber definitivo.

4. La construcción filosófica parte originalmente de bosquejos, pero lo hace también con frecuencia a partir de figuras-bosquejo o de figuras desvaídas, que han perdido su arraigo en los fenómenos. Si ella es exitosa, culmina en figuras. Ese movimiento puede alcanzar su meta tal vez de un sólo paso, pero él suele requerir muchas etapas, como en la construcción platónica de la idea, de la cual hemos sugerido sus tres primeros pasos. La multiplicidad de las etapas depende de las exigencias de determinación de los bosquejos y de las posibilidades de construcción que ofrecen los fenómenos relevantes. Los elementos que han de constituir una figura suelen estar primeramente dispersos y tienen que ser recogidos sucesivamente. La construcción puede avanzar a través de hallazgos, esto es, al encontrar algo que corresponde a lo que se vislumbraba en el bosquejo, pero era aún desconocido. O el avance se produce a través de la reiteración de la situación inicial, es decir al avistar nuevos problemas a partir de las figuras-bosquejos. Ellos surgen cuando, en camino hacia una figura-fin, nos damos cuenta, sea de manera directa, sea mediatamente, a través de indicios como incoherencias y contradicciones en lo ya conocido, de que no conocemos algo necesario para seguir adelante.

5. La construcción de una figura filosófica tiene un orden peculiar en sus pasos. Ese orden no debe ser confundido con el orden en que se despliega fácticamente el indagar filosófico, que es un trecho de la vida del pensador. Si bien la construcción y ese indagar

son decursos que sólo existen uno con el otro, aquel es el devenir de la figura, mientras que éste forma parte de la existencia de un ente humano. Sobre la base de esa diversidad es posible separar abstractivamente a posteriori la mera construcción y distinguir en ella su punto de partida, sus etapas y su punto de llegada. Fuera de ese decurso quedan las vacilaciones, retardos, extravíos y retrocesos, como episodios de la vida del pensador, que sólo tienen relevancia filosófica en la medida en que ellos sean mediatamente necesarios para la construcción. El orden de ésta radica en que cada una de las etapas precedentes hace posible la siguiente, es decir, permite avistar nuevas determinaciones e insertarlas en la figura-bosquejo ya lograda. Ese *ordo inveniendi vel construendi* puede coincidir o no con el orden histórico en que se ha desenvuelto la construcción misma.

6. Como entre las etapas de la construcción filosófica reina una relación de condicionamiento, así como entre todas ellas y la figura definitiva, es posible expresar ese nexo a través de implicaciones y razonamientos. Si bien esa formulación es una manera posible de exponer claramente la construcción después de que ella ha concluido, encubriríamos por completo su naturaleza si creyéramos que hemos llegado a la figura a través de una mera deducción. Construir, en el sentido antes esbozado, no es una especie del llamado método sintético, que a partir de premisas ya conocidas progresa hacia sus consecuencias, pues aquí se trata ante todo de buscar las supuestas premisas, bajo la guía de un bosquejo. Ello no significa que, por el contrario, construir en filosofía sea un modo del llamado método analítico, que retrocede de un todo dado hacia sus condiciones, pues la construcción está guiada por bosquejos y sus figuras no existen sin más ya en lo pre-dado.

Lo que llamamos construcción no descubre meramente algo preexistente oculto, ni acoge tan sólo algo que se le revela, ni es tampoco, por el contrario, la mera expresión de una subjetividad que produce libremente algo nuevo. La construcción a que aludimos aquí elabora más bien la respuesta que el mundo accesible al hombre en cada caso da a la pregunta omniconcerniente que éste le plantea. Se trata de una *invención descubridora* de posibilidades, cuyo carácter descubridor no está asegurado aún, sino tiene que confirmarse a través del proyecto y de ulteriores interpretaciones de los fenómenos.

Finalmente, no es superfluo advertir que esa construcción no es el método de una corriente filosófica, en concurrencia con otros métodos semejantes, pues todos estos son resultados de la construcción de figuras, son ellos mismos figuras o pertenecen a éstas.

7. Hemos expuesto inicialmente a los bosquejos omniconcernientes como si fueran tan sólo representaciones incompletas o defectuosas, propias de la vida prefilosófica, que serían superadas luego por la filosofía al forjar sus figuras. Ello es, sin embargo, sólo una apariencia, ciertamente útil para introducir esa noción, pero que ahora debemos rectificar. La palabra “bosquejo” designa más bien en este contexto a los omniconcernientes en

tanto están patentes de tal suerte, *que lo patente y lo no patente en ellos son ambos, en su unidad, condiciones igualmente positivas del filosofar.*

Como hemos visto, las figuras y proyectos filosóficos surgen de un buscar e indagar. Este se funda, en general, en una anticipación volitiva de lo buscado, es decir, de lo desconocido. Ahora bien, para ser tal, ella ha de divisar en cada caso algo determinado, pero desconocido, y por cierto en cuanto desconocido, sin que esa determinidad elimine su carácter de tal. Esto es posible solamente en tanto el indagar divisa algo así como una silueta o perfil determinado en cada caso, cuyo interior permanece vacío. Tal cosa es el bosquejo, donde lo patente determinado remite a algo desconocido, pero determinado, que pertenece a él, lo cual permite anticipar eso latente como meta de la indagación.¹ En consecuencia, esos bosquejos, como unidad de patencia y latencia, son condiciones necesarias de posibilidad del filosofar.

Tales condiciones no pueden ser las figuras-bosquejos, pues éstas son ya productos, por cierto inacabados, de una construcción, y presuponen más bien a los bosquejos que las hacen posibles. Por consiguiente, tienen que haber *primeros bosquejos* omniconcernientes, como condiciones permanentes de todo buscar e inventar, crear y descubrir de la imaginación filosófica.

Por otra parte, como la filosofía tiene por meta conocer la totalidad, si ella hubiera logrado ya alguna vez su propósito se habría convertido en la *sophía* definitiva. Desde el surgimiento de la conciencia histórica nos hemos acostumbrado a verla, por el contrario, como un intento siempre inacabado, que comienza cada vez de nuevo. En tal situación, en que se tiende a ver ese devenir como algo deficiente y enfermizo, tal vez sea útil llamar la atención sobre los bosquejos primordiales, para aprender a ver lo permanente a través de esa historia.

8. ¿En qué dirección deberíamos pensar esos primeros bosquejos? Hemos sugerido algunas etapas en la construcción de la idea por Platón. Su punto de partida es la anticipación explícita de un bosquejo, que se encuentra más o menos expreso en el lenguaje griego: *ho ti* éstin: lo-que (una cosa) es. En vista de ese bosquejo es posible llamar a la cosa “algo” (ti) o preguntar qué sea ella (tí). ¿Cuál es el contenido determinado en ese bosquejo? Un lo-que (por ejemplo, casa, hombre, fuego) es siempre algo presente

¹ La latencia de ciertas determinaciones en el bosquejo no debe ser entendida en el sentido del ocultamiento de éstas, como si ellas preexistieran en algún sitio, pero no se mostraran. Por el contrario, “latencia” significa en este caso el no-mostrarse de lo que no es. Sin embargo, el bosquejo está constituido además por la aparición del omniconcerniente en determinados entes en el mundo de cada caso. Esa aparición contiene siempre mucho más que aquel, a saber, determinaciones a partir de las cuales el filosofar puede completar las que faltan en el bosquejo. La aparición del bosquejo, que no es interpretable de una única manera, prepara la configuración, pero antes de la labor del filosofar no hay allí ninguna figura. La aparición de cada caso no es algo diverso del omniconcerniente respectivo, sino uno y lo mismo que él. De no ser así, al menos en un sentido, todas las figuras serían igualmente arbitrarias y falsas.

de algún modo, en una dimensión de presencia, en la cual se separa y diferencia de otros lo-que, en tanto uno está ausente del otro, siendo cada uno una unidad. Y cada lo-que es, además, algo común a otros lo-que o a determinados grupos de entes individuales. Ese bosquejo está constituido, finalmente, por referencias a otros bosquejos, como “ente individual”, “palabra”, “pensamiento” y “hombre”, con los cuales constituye una red. Sin embargo, qué sea el *lo-que*, y por cierto en referencia a éstos, permanece abierto e indeterminado.

Esa determinación mínima no sólo está en la base de las diferentes teorías (configuraciones) “esencialistas”, sino también de las conceptualistas y nominalistas acerca del *lo-que*.

Por otra parte, al exponer los rasgos determinados en ese bosquejo se revela algo más. Al hablar de él nos vemos obligados a hablar de lo presente, de la presencia y la ausencia. Ello parece indicar que al menos los primeros bosquejos tienen que ser pensados en un plexo de cuestiones, que hemos rozado en escritos recientes bajo el título de “Una pregunta sobre el tiempo”.²

Toda construcción filosófica es comprensible sólo dentro del contexto de una tradición, cuando se discierne de dónde proceden sus problemas, qué soluciones rechaza y cuáles acoge o da por supuestas. Ojalá las múltiples sugerencias, dispersas a lo largo de las reflexiones anteriores, permitan divisar su contexto, comprender su intención y juzgar su resultado.

² Cfr. “Una pregunta sobre el tiempo” (I), en nuestro libro *Siete Ensayos sobre Kant* y el escrito precedente “Una pregunta sobre el tiempo” (II) en la Revista Venezolana de Filosofía N° 22 (pp. 131-52), Caracas, 1986.

